

PRESENTE Y PASADO DEL ESPAÑOL EN ARGENTINA

LUIS ALBERTO HERNANDO CUADRADO*

* Catedrático de Lengua Española, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid.
Correo electrónico: lahernan@ucm.es

Hernando Cuadrado, Luis Alberto. "Presente y pasado del español en Argentina". *Thesaurus* 58(2016): 10-29. Web.

Resumen

El español de Argentina, llevado por los conquistadores procedentes de la Península, experimentó cambios en los diferentes niveles del sistema lingüístico, especialmente en el léxico, como consecuencia de su convivencia con las lenguas indígenas. Las oleadas de inmigrantes, sobre todo italianos, durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX también contribuyeron a su conformación. Las diferencias dialectales existentes hoy en el territorio, lejos de dificultar la comunicación, la enriquecen, dada la condición de lengua simplex del castellano, cuyas variedades resultan inteligibles entre sí.

Palabras clave: español de Argentina, diferencias dialectales, lenguas indígenas, inmigrantes italianos, comunicación.

Abstract

The Spanish of Argentina was carried by the conquerors that arrived from the Peninsula. It experienced changes in the different levels of the linguistic system, especially in the lexicon, as a result of its coexistence with indigenous languages. Waves of immigrants, mainly Italian, during the second half of the 19th century and the first third of the 20th century also contributed to its conformation. The dialectal differences that exist in the territory nowadays, far from hindering communication, make it richer, due to the Castilian's condition of simplex language, all of whose varieties are intelligible among themselves.

Key words: Spanish of Argentina, dialectal differences, indigenous languages, Italian immigrants, communication.

1. INTRODUCCIÓN

En Argentina, el país más grande de la América hispanohablante, situado en el extremo sur del continente —limita con Chile, Bolivia, Paraguay, Brasil y Uruguay—, se distinguen varios dialectos geográficos y sociales, todos ellos “ensombrecidos por la prestigiosa habla *porteña* de Buenos Aires, prototipo del español argentino” (Lipski: 183). Si bien es cierto que entre unos y otros se perciben notables variaciones en el sector del léxico, es en el nivel fónico donde la diferenciación resulta más llamativa. En algunas zonas del norte, el bilingüismo se presenta también como un importante factor de diferenciación.

Además de la variedad dialectal de Buenos Aires, en el español de Argentina (Vidal de Battini: 75-82; Lipski: 183-184) poseen identidad propia la región costera o litoral, que se extiende desde Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe hasta el extremo sur; el extremo occidental, zonas de Mendoza y San Juan, que comparten numerosas características con el habla de Chile; la parte extrema noroccidental, con influjo del quechua, que comprende Tucumán, Salta, Jujuy y parte de las provincias vecinas; el nordeste, con influjo del guaraní, que abarca Corrientes y Misiones, así como partes del Chaco y Formosa; la región central, localizada en Córdoba, zona de transición que limita con todas las demás, y algunos pequeños enclaves, especialmente el de Santiago del Estero y el de las collas en la frontera con Bolivia. A esta división se ha de añadir la Patagonia, región dialectal diferente por su “complejo poblamiento” (Fontanella de Weinberg: 42).

A la conformación lingüística de Argentina han contribuido la colonización del territorio con pobladores del sur de la Península, seguidos por castellanos, extremeños, leoneses y vascos; el contacto con las lenguas indígenas (quechua, guaraní, araucano, tehuelche) y la inmigración posterior, sobre todo de italianos, ocurrida desde la segunda mitad del siglo XIX hasta fines de la década de los veinte del siglo XX, cuyo resultado ha sido una mezcla compleja. Por eso, en este trabajo no podemos pasar por alto la influencia que en su momento han ejercido el lunfardo y el cocoliche.

2. NIVEL FÓNICO

En el dominio de la fonología y la fonética (Vidal de Battini: 83-152; Lipski: 189-194; Fontanella de Weinberg; Real Academia Española & Asociación de

Academias de la Lengua Española, 2011), como rasgos generales que alcanzan a la totalidad del país podemos destacar que la /n/, en posición final de palabra, es alveolar; las líquidas, en posición implosiva, no suelen neutralizarse ni experimentar cualquier otra modificación; la /d/, en posición intervocálica, en la mayor parte de Argentina, excepto en los estratos socioeconómicos más bajos, no cae tan a menudo como en otros países (Chile y Paraguay); la /ç/ normalmente no pierde sus elementos oclusivos; la /s/, en posición implosiva, se debilita o se elimina en casi todo el país, y la entonación se rige por los patrones circunflejos de Buenos Aires, que se extienden desde allí a otras zonas.

En Buenos Aires y el litoral del sur, la /r̄/ se realiza como vibrante alveolar, y, al no existir la /λ/, la /y/ recibe “una pronunciación fricativa acanalada conocida como *žeísmo* o *rehilamiento*” (Lipski: 192). En la zona nordeste, en Misiones y Corrientes, el fonema /λ/ se conserva en la mayor parte de los hablantes, aunque también se acusa el yeísmo; la /y/ suele ser africada, como en Paraguay, aunque se advierte una incipiente pronunciación rehilada, tal vez por influjo de Buenos Aires; la /r/ final, sobre todo en los infinitivos, cae con frecuencia en Corrientes y Misiones; la /r̄/ a veces recibe una pronunciación fricativa rehilada; entre palabras, y para destruir los hiatos, aparecen oclusiones glotales, del mismo modo que en Paraguay, y la /ç/, en Misiones, es articulada como fricativa por algunos hablantes mayores.

En algunas regiones del extremo norte, en el límite con Bolivia y Paraguay, la /r/ final de grupo fónico se asibila, especialmente en zonas caracterizadas por el bilingüismo, pasado o actual, con el quechua. En Santiago del Estero tradicionalmente se ha producido una situación similar a la de Quito al pronunciarse la /y/ como [y] y la /λ/ como [ž], aunque hoy suelen adoptarse los modelos predominantes en el resto de Argentina. En gran parte de la zona interior norteña no es raro que al grupo /tr/ se le dé una realización casi africada, aunque no tan marcada como en los países andinos. Algunos dialectos centro-norteños, por ejemplo en Córdoba y Tucumán, presentan una tendencia a un ritmo acentual temporal. La /y/ suele pronunciarse como una fricativa palatal débil.

3. NIVEL GRAMATICAL

En el terreno gramatical (Vidal de Battini: 153-204; Lipski: 194-196; Fontanella de Weinberg; Real Academia Española & Asociación de Academias

de la Lengua Española, 2009), comenzando por el pronombre personal vos, tenemos que señalar que es empleado uniformemente en vez de tú “en todos los niveles sociales y en todos los contextos” (Lipski: 194): “*Vos* te equivocás”. La mayor parte de los hablantes argentinos utilizan la forma pronominal etimológica lo(s) (< lat. *illu[m]*, acusativo singular masculino, o *illu[d]*, acusativo singular neutro, e *illos*, acusativo plural masculino) como complemento directo de tercera persona, tanto para referentes animados como inanimados: “*Lo* vio llegar”; “No les dijo nada para no asustarlos”. Como la mayoría de los hispanohablantes del Cono Sur, los argentinos suelen reduplicar el complemento directo definido de persona mediante los pronombres personales átonos pleonásticos catafóricos: “*Lo* conozco a Lisardo”. En el noroeste, por influjo del quechua, los hablantes rurales sin instrucción cultural usan con frecuencia el pronombre *lo* genéricamente, incluso cuando no hay referencia masculina singular: “*Lo* quiere mucho a su nieta”.

En el verbo no se siguen algunos de los modelos marcados por las gramáticas normativas, utilizándose, por ejemplo, el pretérito indefinido en lugar del pretérito perfecto aun cuando se ha establecido la continuidad con el momento presente (“Mara no *llegó* aún”), o rompiéndose la *consecutio temporum* al combinarse un verbo principal en pasado o en condicional con otro subordinado en presente de subjuntivo: “Abelardo me dijo que lo *haga* enseña”. En el habla vernácula de muchas regiones, el pronombre personal *yo* se emplea en lugar de *mí* en las construcciones de verbo con complemento indirecto: “*Yo* me parece que cumplo los requisitos”.

En el habla popular del norte de Argentina, el pronombre personal *nos* aparece en posición preverbal en construcciones exhortativas del tipo de “*Nos* callemos”. Entre los hablantes con menor instrucción cultural del país, el pronombre reflexivo *o*, en su caso, el morfema libre del verbo *se* suele emplearse genéricamente incluso en aquellos casos en que no existe referencia a la tercera persona: “*Se* llevamos bien”. Entre los hablantes rurales, especialmente de la zona central de Argentina, se registran combinaciones en que un pronombre personal sujeto precede a las formas no personales del verbo de infinitivo (“Al *yo* entrar, se callaron”) o gerundio (“*Yo* saltando, se me cayeron las llaves”).

En zonas del país donde el español se encuentra en contacto bilingüe con lenguas indígenas se producen a veces mezclas sintácticas que en su mayoría aparecen también en el español de Paraguay, como la ausencia de verbo copulativo, con la consiguiente colocación del sujeto al final del enunciado (“Muy simpático *vos*”), los posesivos de posesión inalienable redundantes (“De *mi*

corazón sufro”), la doble negación antepuesta al verbo (“*Nadie no lo sabía*”), las construcciones de posesión inalienable sin pronombre reflexivo (“*Poné tu pollera*”), el complemento directo nulo (“*Saqué los libros de la biblioteca y no sé si [los] devolví*”), la utilización de *eso* pospuesto para incluir otros miembros de un grupo (“*Estuve con mi mamá eso*”), el empleo de *grande* en vez de *mucho* (“*Abre la boca grande*”), el uso de *ir(se)* en para expresar movimiento (“*Manuela se va en Santa Fe*”) y la utilización ocasional de *mismo* para dar respuesta afirmativa a una pregunta, con el significado aproximado de ‘sí, eso es correcto’: “—*Me dijeron que estudiaste en París. —Mismo*”^{*}.

4. NIVEL LÉXICO-SEMÁNTICO

Por lo que respecta al léxico (Fontanella de Weinberg), en el español bonaerense ocupan un lugar preeminente los elementos de origen hispánico, si bien gran parte de ellos (*lindo* ‘hermoso’, *pollera* ‘falda’, *retar* ‘reprender’) se hallan en desuso en el español peninsular y otros (*estancia* ‘finca rural’) han experimentado un cambio semántico. De las lenguas indígenas la que mayor número de términos ha proporcionado a esta región ha sido el quechua de los migrantes provenientes de provincias y países quechuahablantes (*cóndor*, *mate*, *pampa*). Los africanismos suelen guardar relación con la danza (*samba*) y los instrumentos musicales (*bongó*), las frutas (*banana*), los animales (*matungo*) y los objetos (*cachimbo*). Con la difusión a través de los medios de comunicación y la universalización de numerosos aspectos de la vida contemporánea se incrementa el proceso de incorporación de términos de otras lenguas europeas, que siempre ha existido, como el francés (*allumettes*, *haute cuisine*, *quant-même*), el italiano (*pibe*, *chau*, *nono*) y el inglés (*board*, *country-club*, *training*).

En el litoral del sur también perduran vocablos de origen hispano, muchos de los cuales están desusados en el español general contemporáneo de la Península (*afligir* ‘preocupar’, *retar* ‘reprender’, *volver* ‘devolver’), y otros, de origen marinero (*arribar*, *balde*, *mazamorra*), fueron incorporados en los largos viajes llevados a cabo hasta llegar a América, sumándose a ellos los anda-

* En la región de Misiones también se observa una penetración de elementos del portugués brasileño, entre los que se destacan la adjunción del diminutivo *-inho* a sustantivos y adjetivos y el uso de *tener* como verbo auxiliar en lugar de *haber*.

lucismos (*ameritar, boliche, empeñoso*), las voces de origen canario (*botarate, pileta*) y las procedentes del oeste peninsular (*corozo, chivar, lamber*). Como consecuencia de la influencia de la lengua y la cultura francesas durante el siglo XIX y los comienzos del XX, el prestigio internacional del inglés y la inmigración masiva de italianos desde mediados del siglo XIX, los préstamos de estas lenguas —del francés (*chic, tailleur, usina*), del inglés (*coach, raid, score*) y del italiano (*bondiola, fiaca, morfar*)— constituyen un sector altamente representativo en el repertorio del léxico de la región.

En el nordeste se conservan voces tradicionales, algunas de las cuales (*argel* ‘quisquilloso’, *liño* ‘surco’, *siesta* ‘mediodía’) se emplean en todos los isoclectos; otras (*agallón* ‘ganglio inflamado’, *fricar* ‘frotar’, *plaguear* ‘hablar muy quejosamente y de manera reiterativa’) son de uso generalizado en los isoclectos medio y bajo, y ocasionalmente en el alto, entre los hablantes de mayor edad, y algunas (*casticear* ‘aparear’, *mercar* ‘comprar’, *principiar* ‘comenzar’) son utilizadas por hablantes de mayor edad del isoclecto bajo. Otro componente tradicionalmente característico del léxico en esta área, por su situación geográfica, son los préstamos del guaraní (*angaiú* ‘burla’, *katé* ‘elegante’, *manté* ‘solamente’), lengua que en la actualidad se encuentra en retroceso entre los nativos urbanos.

En el noroeste abundan los elementos del lunfardo (*apoliyar* ‘dormir’, *cana* ‘policía’, *mina* ‘mujer’), sobre todo entre los hablantes con un nivel de instrucción cultural medio. La región tiene el privilegio de contar con un elevado número de indigenismos que en su mayoría le son propios, puesto que, si algunos (*chiripá, choco, palta*) se han difundido del quechua por el país entero, otros (*apacheta* ‘montón de piedras’, *caschi* ‘perro’, *chancaca* ‘tableta de miel de caña’) son usados solo allí, y algunos (*chipaco* ‘bollo con chicharrón’, *acullico* ‘manejo de hojas de coca que se mantiene masticando en la boca’, *pecana* ‘mortero de piedra’, *cholo* ‘ordinario’) se emplean únicamente en alguna de las provincias (en Santiago del Estero, Salta, Catamarca o Tucumán, respectivamente). Por otro lado, se han extendido por todo el territorio los mismos extranjerismos a que ya nos hemos referido: los italianismos, principalmente, a través de los términos relacionados con la comida (*agnollettis, capellettis, ñoquis*); los galicismos, que, como en los casos ya mencionados, penetraron a fines del siglo XIX y comienzos del XX y se circunscriben especialmente a los campos de la alimentación y las costumbres sociales (*chauffeur, coiffeur, fondant*), y los anglicismos, a través de la publicidad en los medios de comunicación y las nuevas tecnologías.

En el centro se acusa la influencia de las lenguas indígenas, especialmente del guaraní, de cuyos elementos se encuentra bien nutrida el habla de Córdoba (*pirca, yapa, zapallo*), donde es frecuente oír también términos provenientes del lunfardo (*bulín, laburo, luca*). En el nivel socioeducativo bajo se aprecia la tendencia a manifestar el grado superlativo mediante los sufijos aumentativos *-azo + -nonón*, lo que da lugar a formaciones del tipo de “negrazonón”, fenómeno que “ha dado cabida a una caracterización estereotipada del humor cordobés” (Viramonte de Ávalos: 195). La incidencia de la inmigración italiana en la ciudad de Córdoba, la inmensa mayoría de cuyas voces (*arpegio, cachar, peceto*) se encuentra recogida en los diccionarios argentinos, provocó una ruptura en la continuidad histórica de la lengua que “repercute en un amplio sector de la comunidad de hablantes que sufren las consecuencias del quiebre de la tradición” (Prevedello *et al.*: 10). En la conversación de los hablantes del nivel socioeducativo alto de más de veinticinco años se observa cómo se relevan las palabras inglesas, en especial en los campos de la alimentación (*lunch*), el vestuario (*jumper*), la peluquería (*brushing*) y la vida social (*bridge*).

En Cuyo se detecta un gran número de arcaísmos, tanto en el habla urbana (*pararse* ‘ponerse en pie’, *saber* ‘soler’, *sentir* ‘oír’) como en la rural (*agora, ansina, mesmo*), indigenismos del mapuche (*chingolo, coirón, huemol*) y marinerismos (*rebenque, sucucho, zonda*). Entre las prácticas tradicionales del campesino cuyano y de otras regiones argentinas se encuentra la caza de *guanacos* y *choiques*, que constituye casi un arte ritual al que está dedicado el trabajo de Liliana Cubo de Severino “El léxico de la caza del guanaco y el choique en el sur mendocino” (1991), en el cual se sigue un orden onomasiológico en la exposición al agrupar las entradas por materias. Aparte del léxico reunido en los estudios sobre el habla de Cuyo existe una serie de vocablos, registrados en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras* de marzo de 1950, que no han perdido su vigencia en la actualidad (*aguaitar* ‘espíar’, *pororó* ‘maíz frito’, *soplaipilla* ‘torta frita’) y se han convertido en símbolos del hablar mendocino, citándose cuando se intenta imitar la manera de expresarse de los naturales de esa tierra. Otros mendocinismos, que no figuran en la relación del mencionado boletín pero son característicos, hacen referencia a diversos aspectos relativos a las comidas (*pasteles* ‘empanadas fritas’ [en San Juan se llaman *semitas* y en La Rioja *tortillas*]), los juegos infantiles (*columpio* ‘hamaca’) o las designaciones de lugares (*finca* ‘propiedad rural’ [en Buenos Aires significa ‘propiedad urbana’]).

En la Patagonia, el componente lingüístico que mejor refleja su diversidad étnica y cultural es el del léxico, que posee una rica terminología de origen mapuche, referida especialmente a las características geográficas (*mallín*), la fauna (*pilmaiquén*) y la flora (*maitén*). Ciertas palabras de origen hispánico (*barda*) han adquirido un significado nuevo. El vocabulario referido a la cría de la oveja es en su mayor parte de origen hispano, pero la complejidad del poblamiento condicionó también la presencia de términos de otras procedencias, principalmente del araucano (*coirán*) y el inglés (*remps*), generalizándose en el habla rural algunas voces de esta última lengua como denominación de distintas razas de ovejas: *corridel* (< *Corriedale*), *linca* (< *Lincoln*), *rome mar* (< *Romney Marsh*). En la toponimia coexisten formas de origen hispánico (cabo *Blanco*, golfo *San Jorge*, río *Colorado*) con indigenismos del mapuche (*Ruca Nanco*), el araucano (*Nahuelpan*) y el tehuelche (*Cauquel*), y términos procedentes de otras lenguas europeas: el inglés (*Punta Dungeness* [< *Dungeness*, condado de Kent, Inglaterra]) y el francés (*Malvinas* [< *Malouines*, nombre dado a esas islas por ser frecuentadas por pescadores franceses procedentes del puerto de Saint-Malo]).

5. EL LUNFARDO

Acerca del *lunfardo*, jerga originada y desarrollada en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, desde donde se extendió a otras ciudades cercanas, como Rosario y Montevideo, en que se vivía una situación sociocultural similar debido en gran medida a la multitudinaria inmigración en Argentina —procedente de casi toda Europa, sobre todo de Italia y España— producida a fines del siglo XIX y principios del XX, el 6 de julio de 1878, en un artículo sin firma del diario *La Prensa*, titulado “El dialecto de los ladrones”, se indicaba que en Buenos Aires había un nuevo modo de hablar y se enumeraban veintinueve palabras, entre las que figuraba *lunfardo* como sinónimo de ‘ladrón’. Unos meses más tarde, el 18 de marzo de 1879, el comisario Benigno Lugones publicó otro artículo, “Los beduinos urbanos”, en el periódico *La Nación*, en el cual también daba ejemplos del léxico e incluía el primer poema lunfardo conocido, que reza así: “Estando en el bolín polizando, / se presentó el mayorengo: / —A portarlo en cana vengo, / su mina lo ha delatado”.

Esta jerga, empleada originariamente por los delincuentes, pronto lo fue por la gente de las clases baja y media baja. Algunos de sus vocablos y locucio-

nes se introdujeron después en la lengua popular y se difundieron en el español de Argentina y Uruguay. A principios del siglo xx comenzó a extenderse por todos los estratos y clases sociales por su uso habitual, por ser común en las letras de tango o por ambos motivos. Con el transcurso del tiempo, varias de sus palabras han pasado a países vecinos como Chile, Paraguay y Bolivia, y mucho más recientemente, desde la década de 1990, a Perú. Ello se debe a los muchos inmigrantes de dichos países radicados en Argentina y sobre todo a la difusión del rock argentino y la cumbia villera, estilos musicales en que frecuentemente se utilizan términos de esta índole.

Al adoptarse o crearse los lunfardismos, si bien algunos, debido a la semejanza morfológica del español y el italiano, presentan exactamente la misma estructura formal de la palabra italiana sin modificación alguna (*domani*, *ma*, *minga*), la mayor parte de ellos, al pasar del italiano estándar o dialectal al lunfardo, experimentó cambios fonéticos o morfológicos.

Las consonantes geminadas se simplificaron: *facha* (< it. *faccia*), *dona* (< it. *donna*), *feta* (< it. *feta*). El fonema africado dentoalveolar cacuminal sibilante sordo /ʃ/ se convirtió en /s/ en muchos casos: *pertuso* (< gen. *pertùzo*), *mazo* (< it. *mazzo di carte*), *muzarela* (< it. merid. *muzzarella*).

A las voces que comienzan por *s* + consonante se les añadió una *e*-protética: *esbornia* (< it. *sbornia*), *estrada* (< it. *strada*), *esquifuso* (< nap. *schifuso*). Los verbos italianos perdieron la *-e* final del infinitivo (*parlar* [< it. *parlare*], *guadañar* [< it. *guadagnare*], *laburar* [< it. *lavorare*]), mientras que algunos de los verbos dialectales cuyo sufijo del infinitivo ya estaba apocopado recibieron una *-r* final: *luyir* (< gen. *lùxi*), *piyar* (< gen. *piggiâ*), *deschavar* (< gen. *descciavâ*).

A veces se produjeron cambios fonéticos, sobre todo vocálicos, sin que hubiera necesidad de ello en el sistema receptor: *fanguses* (< it. *fangose*), *embrocar* (< it. *imbroccare*). Otras palabras fueron transformadas por distintas figuras de metaplasmo, como la apócope (*pibe* [< gen. *pivetto*]) o la prótesis: *amufarse* (< vén. *star muffo*). También sobre la base de palabras que ya habían pasado del italiano al lunfardo se produjeron transposiciones a otra categoría: *linyera* (< piam. jergal *lingèra*) > *linyerear*, *manyar* (< it. *mangiare*) > *mayatina*, *mina* (< it. jergal *mina*) > *minaje*.

La composición de palabras mediante la aglutinación de elementos léxicos de procedencia italiana con otros españoles es un procedimiento seguido asimismo con frecuencia en la creación de lunfardismos: *manyaoreja* (< *manya* + *oreja*), *manyapapeles* (< *manya* + *papeles*), *piantavoto* (< *pianta* + *voto*). In-

cluso se forman palabras compuestas con elementos léxicos procedentes del italiano (*parlatuti* [*< parla + tutti*]) sin que tales palabras hayan existido en dicha lengua.

Hay lunfardismos que llevan incorporado un elemento de índole gramatical del italiano con la única finalidad de que sirva de componente para la formación de palabras que revistan las características formales del léxico de esa lengua. Se trata, por lo común, de voces del español a las que se hace terminar en sufijos del italiano como *-ato* (*avivato*), *-eli* (*falluteli, cobrateli, locateli*), *-eti* (*cretineti*), *-ina* (*pegatina, silbatina, chupandina*) u *-oni* (*morfoni*).

El lunfardo, como se ve, es un juego de palabras con la lengua. Por eso no se compuso únicamente por la adopción y adaptación de palabras italianas o la creación de palabras a través de procesos de formación. En este sentido, entre otros procedimientos se recurrió a la técnica del *vesre*, es decir de la construcción de unidades léxicas al revés: *cañemu* (“muñeca”), *gotán* (“tango”), *un feca con chele* (“un café con leche”); la introducción de *ti-* o *cuti-* ante cada sílaba de la palabra: *cutimi cutina* (“mina”) (Chiappara, 1978: 12); la metáfora: *desempaquetar* ‘forzar una puerta’, *pulenta* ‘dinero’, *tambor* ‘perro’; o la utilización de apellidos para reemplazar palabras de sonido parecido: *Conrado* ‘honrado’, *Locateli* ‘loco’, *Solari* ‘solo’.

En su formación, el lunfardo contó también con la aportación de palabras adaptadas a la morfología del español pero provenientes de otras lenguas europeas, sobre todo del inglés (*bichicome* ‘vagabundo’ [*< ingl. beach-comber*], *dequera* ‘cuidado’ [*< ingl. take care*], *jailaiife* ‘vividor’ [*< ingl. high life*]), el francés (*buyonar* ‘comer’ [*< fr. bouillonner*], *cana* ‘cárcel’ [*< fr. canne*], *reculié* ‘ida hacia tras’ [*< fr. reculé*]) y el portugués (*chumbo* ‘bala’ [*< port. chumbo*], *tamango* ‘zapato’ [*< port. tamanco*], *vichar* ‘mirar de soslayo’ [*< port. vigilar*]).

Para ilustrar cuanto hemos apuntado acerca del lunfardo proponemos como ejemplo una carta escrita desde la cárcel (*gayola*) por un tal *Conrado Chantapufi*, titulada por Luis C. Villamayor “Carta y filiación de un caló sobre una futura víctima” y recogida en su libro *El lenguaje del bajo fondo* (195):

Gayola Real, 12/09/1915

Condrepa Drope:

Le refilo por diome de esta cerrada el cartabón del bacán de quien le chamuyé en el bulín de su minushia.

Porque me batieron la cana, yo me encuentro amurado, pues fui mancado por un rati sucio en un bondi en el momento que le tiraba la lanza a un grongui.

Según el vigil de mi bellompa, dentro de una mesada y después de pasar el calor del manyamiento en la mayorenguería me darán el enaje, pues el sario de donde me encujaron fue limpio y no me cartaboneó.

Tenazazos a su paica y a los güevos de la patota, y ahora paso a batirle el justo.

Conque así manye el potien.

De Vd. aff.

Conrado Chantapufi

6. EL COCOLICHE

El *cocoliche*, jerga hablada por los inmigrantes italianos que vivieron o viven en Argentina y Uruguay, es una mezcla del español con el italiano y sus dialectos, cuyo uso era casi exclusivamente oral, y fue creada y hablada por los inmigrantes italianos que, en el periodo comprendido entre 1880 y 1930, constituían, según la época, entre el 25% y el 50% de la población de la ciudad de Buenos Aires. Como hace notar Giovanni Meo Zilio (210),

el *cocoliche* hablado por estos inmigrados y que todavía se oye por las calles de Montevideo o Buenos Aires es la resultante del encuentro rioplatense con las varias hablas dialectales italianas, en su mayoría meridionales. Esta gente no tenía mucho intercambio lingüístico con los habitantes del lugar, justamente porque, en general, ejercía trabajos manuales bastante autónomos, como el de artesano o, más a menudo, campesino, lustrabotas, vendedor de diarios o de números de lotería, verdulero, etc.; y porque su naturaleza de meridionales y su carácter de inmigrados los empujaba más bien a mantenerse ligados entre sí y a frecuentarse recíprocamente. Por eso, ellos no podían tener muchas ocasiones de aprender español. Por otra parte, muchos de ellos habían emigrado muy jóvenes, la mayoría con sus pequeños hijos: la edad, por lo tanto, ha favorecido a menudo el desmoronamiento de la lengua de origen y el nacimiento del *cocoliche*.

El término *cocoliche*, según José J. Podestá (66), se origina en *Antonio Cocoliche*, un peón calabrés de su compañía teatral que fue imitado por el actor Celestino Petray, quien tenía gran facilidad para imitar a los italianos acriollados. Este actor, un día, para imponerse en el papel de gringo, en que antes no había logrado triunfar, sin aviso previo consiguió un caballo inútil y, vestido estrafalariamente y montado en él, se presentó en la fiesta campestre de Juan Moreira, remedando el modo de hablar del peón calabrés:

Cuando Jerónimo vio a Celestino con aquel caballo y hablando en tal forma, dio un grito a lo indio y le dijo:

—¡Adiós, amigo *Cocoliche*! ¿Cómo le va? ¿De dónde sale tan empilchao?

A lo que Petray respondió:

—¡Vengue de la Petagoña co este parejere macanuto, amique!

No hay ni que decir que aquello provocó una explosión de risa que duró largo rato.

Si le preguntaban cómo se llamaba, contestaba muy ufano:

—Ma quiame Franchisque *Cocoliche*, e songo cregollo gasta lo güese de la taba e la canilla de lo caracuse, amique, afficate la parata...

—Y se contoneaba coquetonamente.

¡Quién iba a suponer que de aquel episodio improvisado saldría un vocablo nuevo para el léxico popular!

En el ámbito de la gramática, en primer lugar, adquieren especial relevancia los fenómenos relacionados con los sustantivos que presentan cambio de género (“*la latte*”) o de número (“*il dintorno*”), o doble plural (“*cappellettis*”); la pérdida de la oposición *-e/-i*, diferenciadora del número de los sustantivos (“*le buone legge*”); las alteraciones de las terminaciones de los sustantivos (“*intervenzione*”), los adjetivos (“*maternale*”) y los verbos (“*andamo*”), la sustitución del adverbio por el adjetivo (“*è migliore cosi*”), el cambio de formas verbales (“*tu eri*”), la unificación de las alternancias verbales bitemáticas (“*essi andano*”), el cambio en el uso de los auxiliares (“*ha morto*”), las alteraciones en el uso de los tiempos verbales (“*Sarebbero le dieci quando arrivò*”) y la concordancia ad *sensum* (“*Stati Uniti esporta molto*”).

También se destacan el uso redundante del artículo (“*il martedì prossimo*”) en unos casos y su supresión (“*uni e altri*”) en otros, la sustitución del pronombre demostrativo por el artículo (“*la che vuoi*”), la sustitución de los

numerales ordinales por los cardinales (“il secolo *sedici*”), la sustitución del relativo *che* por *chi* (“el intendente *chi* fu”), el empleo del pronombre personal tónico por el átono correspondiente (“come *io*”), el cambio de preposiciones (“abitare *in* Montevideo”), la inserción de preposiciones (“povero *di* me!”) y la supresión de preposiciones (“penso andaré”). En el terreno específico de la morfología léxica y la fonética son dignos de mención otros aspectos como las neoformaciones híbridas en la derivación (“un prodotto *barattieri*”) y en la composición (“un *mangia-oreca*”), la regresión apocopal (“il *dire*”) y en la composición (“la *polio*”), la adición de elementos protéticos (“Mi sono *ripentito*”) o su supresión (“un libro *titolato* cosi”), la soldadura de monosílabos proclíticos (“*incima*”), la enclisis (“dicami”), la metátesis (“*repitere*”), la aféresis (*esti*) y la diptongación (“*tiempo*”).

En el léxico se encuentran préstamos de necesidad, es decir palabras que no existen en el uso común italiano por no existir el objeto que representan o ser poco conocido: *bombilla* ‘churumbela metálica con la que se toma el mate’, *bombachas* ‘especie de pantalones a la zuava, que bajan casi hasta los pies, mucho más amplios que los que se conocen en Europa y con pliegues muy profundos que aumentan su amplitud’, *gaucho* ‘cuidador de animales (ovejas y vacas) y domador de caballos’; préstamos afectivos, unidades cuyos correspondientes existen también en italiano, pero son sentidas por el hablante como más afectivas: *asado con cuero* ‘carne con cuero, generalmente de vaca, asada a la parrilla’, *churrasco* ‘bistec’, *macanudo* ‘bueno, magnífico, extraordinario, excelente, en sentido material y moral’; calcos, préstamos con alteración semántica de voces existentes también en italiano, con valor parecido pero no idéntico o con valor completamente distinto: *assunto* (por *affare*), *dispaccio* (por *ufficio*), *giustamente* (por *appunto*); préstamos de inercia, infiltraciones de palabras españolas más o menos italianizadas en el léxico del hablante debido a la progresiva pérdida de conciencia de su propia lengua por parte de este: *partidario* o *partitario* (por *favorevole*), *desprevenuto* (por *impreparato*), *partire in due* (por *dividere in due*), y cruces o contaminaciones: *pluvia* (por *pioggia*), *realità* (por *realta*), *La malattia è andata fino al medico curante* (por *La malattia è venuta perfino al medico curante*).

En el estilo, el aspecto de la lengua menos normativo y al mismo tiempo el más afectivo, es donde se producen las mayores contaminaciones del cocoliche, entre las que se encuentran ciertas modificaciones del orden normal de las palabras (*tardi* o *presto*), la iteración del verbo de la pregunta en la respuesta (“—Sono le dieci? —*Sono.*”), las fórmulas interrogativas con valor

imperativo-exhortativo (*Perché non apri?*), la reactivación de formas desusadas (“*alcun amico*”), las construcciones elípticas (“*Veda televisione*”), el uso de determinadas locuciones seudoitalianas para expresar estados de ánimo especiales (*Salute, Garibaldi!*), las alteraciones en el uso de las fórmulas de saludo (*ciao* [dirigido a una persona a la que se trata de usted o a un superior]) o la hipérbole (“*Mi piace una barbarità*”). El cocoliche se basó asimismo en la forma de entonación italiana y en la pronunciación del fonema /g/ como [k] (*amico* [«amigo»]) y /θ/ c, seguido de las vocales *e* o *i*, como [ê] *ch* (*diche* [“dice”]). Como muestra de las tendencias lingüísticas apuntadas proponemos el siguiente texto de “*La vida íntima de Casanova*”, publicado en el diario *Lunes*, de Montevideo, núm. 39, el 22 de diciembre de 1958, y recogido y traducido por Giovanni Meo Zilio (249):

Quella terra tropicale era proprio una confusione de árbori e fiore, fiore e árbori, a tal punto que no se poteva sapere quí había por detrás de tanto tronco tupido si uno no sacaba il machette e se abría il paso. Io tomé la decisione di facerme un camino per la selva a machettazo limpio, pero prima lo afilé in compagnia di aquella exuberante leona qui me aveva ricevuto in il paese. Al tercer yiorno de afíle e quando eravamo in la parte culminante, nos sobrecogió a noi dúe il claro sonar de cascos de caballos in la notte. Io pegué la volta e me encontré a la mía espalda con tre amazone escasamente vestiti, tutta iguale de forma e tamaño, qui me amenazábano con ametralladori di mano. In gli dieci anni qui ío llevaba de vita non aveva pasato un susto como quello.

7. EL HABLA GAUCHESCA

El habla gauchesca ha sido utilizada en la literatura, si bien la exactitud de su reproducción es desigual en los autores, infiltrándose a veces supuestos gauchismos o mezclándose vocablos rurales de distintas localizaciones geográficas. En algunas zonas rurales sobreviven restos de ella, pero en cierto modo puede afirmarse que ya ha cristalizado en la forma registrada por los poemas y prosas de la literatura que lleva tal calificativo, en que se pretende recrear el lenguaje del gaucho y contar su manera de vivir. El género gauchesco, que, frente a lo que pudiera parecer, suele ser cultivado por escritores de alto nivel socioeconómico, es el más adecuado para describir la vida campesina y sus

costumbres, así como diversos tipos sociales de la época, como amerindios, mestizos, negros y gringos, entre otros. Los autores, al exaltar lo folclórico y cultural, lo utilizan como medio de protesta y crítica social.

La literatura gauchesca, a pesar de la existencia de ciertos casos aislados en el siglo XVIII, se inicia definitivamente en el siglo XIX con Bartolomé Hidalgo, *Diálogos patrióticos* (1822); Estanislao del Campo, *El Fausto criollo* (1866); Hilario Ascasubi, *Santos Vega* (1870); Antonio Lussich, *Los tres gauchos orientales* (1872), y José Hernández, *Martín Fierro* (I. El gaucho Martín Fierro [1872] y II. *La vuelta de Martín Fierro* [1879]). Estos autores recurrieron al verso octosílabo para transmitir sus emociones improvisando. En el personaje de Martín Fierro, Hernández plasmó un gaucho que representaba a todos los gauchos, describiendo su forma de vida, su manera de expresarse y su forma de pensar. Por eso, su obra ha sido considerada “la Biblia gaucha” (Leopoldo Lugones) o “el libro más perdurable de los argentinos” (Jorge Luis Borges).

Convertido el gaucho en valedor principal del sentimiento nacional argentino, la literatura posterior va a abundar en idealizaciones y mitificaciones que explotan el arquetipo forjado por Hernández. La obra de Eduardo Gutiérrez *Juan Moreira* (1882) constituye el comienzo de una larga corriente de folletines gauchescos en que el protagonista no es ya el gaucho salido de los campos sino el enaltecido por los libros. Hay, no obstante, algunos autores que prolongan la visión del gaucho sin desvirtuarla, cuya nómina debería encabezar Ricardo Güiraldes, que había pasado su infancia entre París y el campo argentino, y representa, con la publicación de su obra cumbre *Don Segundo Sombra* (1926), el renacer del género.

Tomando como punto de referencia la obra gauchesca por excelencia, *Martín Fierro*, podemos destacar en este tipo de habla los rasgos que reseñamos a continuación. En el vocalismo tónico, además de conservarse algunas formas del español antiguo (“mesmo”, “naides”, “truje”), se produce la diptongación de /e/ e en [jé] ie (“aprienda”, “enriedos”, “sorprienden”) y la de /o/ o en [wé] ue (“revuélver”, “ruempa”, “ruempo”), así como la monoptongación del diptongo [jé] ie en la vocal [e] e (“cencia”, “esperencia”, “pacencia”) y la del diptongo /wí/ ui en [i] i en el caso concreto de la forma *fi*. Las vocales átonas /i, e/ i, e, por un lado, y /u, o/ u, o, por otro, se cambian entre sí cerrándose la /e/ e en [i] i (“aviriguar”, “ricuerdo”, “siguro”) y la /o/ o en [u] u (“cubijas”, “lumbriez”, “umbligó”) o abriéndose la /i/ i en [e] e (“medecina”, “polecía”, “recebir”) y la /u/ u en [o] o (“coyontura”, “rigoroso”, “sepoltura”). Cuando se encuentran

juntas dos vocales en hiato, se forma un diptongo con el cambio del acento a la más abierta: *ábi, óido, réir*. En los verbos se acusa con mayor frecuencia que en otras clases de palabras la tendencia a la dislocación acentual en general: *gólpea, tráia, véia*. Los pronombres personales átonos enclíticos unidos al verbo son acentuados fuertemente (*haciendonós, diciendolés, hagamoslé*), de manera que tales voces llevan dos acentos.

En la representación de la pronunciación de las consonantes, aspecto en que “el gacho muestra la mayor rusticidad de su lengua” (Tiscornia: 17), el texto no muestra uniformidad. Así, el seseo, mediante el cual la consonante fricativa linguointerdental sorda /θ/ *c, z* se articula como fricativa predorsodental sorda [ʃ] *s*, unas veces es reproducido gráficamente (*cosiar* [“cocear”], *juersa* [“fuerza”], *sonso* [“zonzo”]) y otras no (*hacer, torazo, decir*). El yeísmo, por el que la consonante líquida lateral linguopalatal sonora /λ/ se realiza como la fricativa linguopalatal sonora [y], en ocasiones se representa con *y* (*güeya* [“huella”], *goyete* [“gollete”], *poyo* [“pollo”]), pero la mayor parte de las veces se escribe con *ll* (*estrellas, llorar, aquello*).

Las formas del tipo de *refalar* (“resbalar”), *amujar* (“amusgar”), *dijusto* (“disgusto”), en que se ha omitido la /s/ *s* implosiva y se ha ensordecido la sonora explosiva siguiente, bilabial /b/ *b* o linguovelar /g/ *g*, dando como resultado la fricativa labiodental [f] *f* o la aspiración [h] de la fricativa linguovelar sorda [x] *j*, acusan una manera de extrema rusticidad frente a las normativas correspondientes, propias de la gente educada. En numerosos lugares del poema se constata la reproducción de la aspiración [h] *j* de la consonante fricativa labiodental sorda /f/ *f* (“junción”, “juersa”, “projundo”) y, con menor frecuencia, la del grafema *h* procedente de la /f/ latina (“juir” [*< lat. vulg. fugīre < lat. clás. fugēre*], “jedionda” [*< lat. vulg. *foetibunda < lat. clás. foetēre* ‘heder’]).

La consonante /d/ *d* se pierde en posición intervocálica (“tuito”, “tuita”, “tuitos”) —especialmente en la terminación *-a(d)o* (“lao”, “lastimao”, “sosegao”)— y al final de palabra (“adversidá”, “necesidá”, “seguridá”) y se liquida en la lateral linguoalveolar [l] *l* en posición implosiva en el interior de palabra (“almirar”, “alquiridas”, “alvertido”) o se añade en posición inicial de palabra —[d] *d* protética— en ciertas formas verbales que etimológicamente no la deberían llevar (“dentrar”, “dentrando”, “dirme”); la consonante /b/ *b, v* se transforma en [g] *g* por equivalencia acústica (“agüela”, “güelven”, “güey”) y sustituye al grafema *h* cuando va seguido del diptongo /wé/ *ue* (“güérfano”, “güesos”, “vigüela”), y la consonante /n/ *n* se palataliza en [ɲ] *ñ* en determinadas voces (“añuda”, “ñudo”, “ñublaba”).

A estos rasgos se han de añadir, entre otros, los fenómenos relacionados con la simplificación de grupos consonánticos etimológicos por pérdida de la consonante implosiva de la primera sílaba (*conduta* [“conducta”], *dotor* [“doctor”], *inorancia* [“ignorancia”]), la confusión de prefijos en formas nominales y verbales, que provoca cambios cuyo resultado son formas del tipo de *resertor* (“desertor”), *esposición* (“oposición”), *declamar* (“reclamar”) o *reclarar* (“declarar”), y la unificación, por fonética sintáctica, de la preposición *a* con la *a* inicial de la palabra siguiente (“me empezaba *aconsejar*”) (Hernández: 152). Sirvan de ejemplo de cuanto hemos afirmado estas estrofas:

Allí un gringo con un órgano
y una mona que bailaba
haciendonós ráir estaba
cuando le tocó el arreo.
¡Tan grande el gringo y tan feo,
lo viera cómo lloraba!

Hasta un inglés sanjiador
que decía en la última guerra
que él era de Inca-la-perra
y que no quería servir,
tuvo también que juir
a guarecerse en la sierra.

Ni los mirones salvaron
de esa arriada de mi flor;
fue acoyarao el cantor
con el gringo de la mona;
a uno solo, por favor,
logró salvar la patrona.

8. CONCLUSIONES

A la vista de los datos anteriores podemos concluir que en la conformación y diferenciación dialectal del español de Argentina han influido factores de diversa índole. En primer lugar, el hecho de haberse llevado a cabo la colonización del territorio principalmente con pobladores del sur de la Península, seguidos por castellanos, extremeños, leoneses y vascos. En segundo, el con-

tacto con las lenguas indígenas (quechua, guaraní, araucano, náhuatl, taíno, tehuelche), cuya mayor incidencia se detecta en el léxico, descubriéndose huellas también en ciertos casos en la fonología y la fonética y en la morfosintaxis. A ello se suma el contacto posterior con las lenguas de inmigración como consecuencia de la afluencia masiva de contingentes de origen europeo, sobre todo italianos, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta fines de la década de los veinte del siglo XX.

En la ciudad de Buenos Aires, la convivencia de los italianos con los grupos populares nativos produjo interferencias y la incorporación de numerosos italianismos en el *lunfardo* —argot delictivo en su origen—, en el lenguaje popular e incluso en diferentes áreas del léxico general, así como la variedad mixta o continuo bilingüe del *cocoliche*. Por otro lado, en la literatura gauchesca, que, con el precedente de algunos casos aislados en el siglo XVIII, se inicia definitivamente en el siglo XIX y declina a lo largo del XX, se utiliza un lenguaje rústico en el que se reproduce la forma de hablar del gaucho con su peculiar pronunciación, incorporándose numerosas voces y expresiones relacionadas con el mundo cotidiano del hombre de campo.

Dentro del extenso territorio argentino, a pesar de las naturales diferencias lingüísticas existentes, debidas a factores demográficos, históricos, socio-culturales y económicos, la comprensión entre los miembros de la comunidad no se ve afectada, ya que, por encima de las modalidades regionales parcialmente distintas, la lengua posee un entramado unitario esencial de estructura funcional y medios expresivos en que se encuentran unidos los ejes constitutivos de una misma realidad donde el medio ambiente humano condiciona al hablante según una doble motivación —geográfica y social—, acción que también ejercen la situación de la interacción comunicativa y la tradición histórica, cuyas perspectivas supera el usuario de la lengua abriéndose a los cauces del cambio.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo (1978), “El dialecto de los ladrones”, *La Prensa*, 6 de julio.
 Chiappara, Enrique (1978), *Glosario lunfardo*, Montevideo: La Paz.
 Cubo de Severino, Liliana (1991), “El léxico de la caza del guanaco y el choice en el sur mendocino”, en *Trabajos y conclusiones del Primer Encuentro Cultural Cuyano*, Ministerio de Cultura y Educación, Ediciones Culturales de Mendoza, pp. 69-78.

- . (2004), “El español cuyano”, en Fontanella de Weinberg, pp. 207-240.
- Fontanella de Weinberg, María Beatriz (coord.) (2004), *El español de la Argentina y sus variedades regionales*, 2.ª ed., Bahía Blanca: Asociación Bernardino Rivadavia, Proyecto Cultural Weinberg/Fontanella.
- Hernández, José (1968), *Martín Fierro*. Introducción, notas y vocabulario de Eleuterio F. Tiscornia. 3.ª ed., Buenos Aires: Losada.
- Lipski, John M. (2011), *El español de América*, 7.ª ed., Madrid: Cátedra.
- Lugones, Benigno B. (1879), “Los beduinos urbanos”, *La Nación*. 18 de marzo.
- Meo Zilio, Giovanni (1989), *Estudios hispanoamericanos. Temas lingüísticos*, Roma: Bulzoni Editore.
- Podestá, José J. (2003), *Medio siglo de farándula*. Estudio preliminar y edición de Osvaldo Pellettieri. Buenos Aires: Galerna, Instituto Nacional de Teatro.
- Prevedello, Nora Lili et ál. (1991), *La inmigración italiana en la ciudad de Córdoba y el contacto de dos lenguas*, Universidad Nacional de Córdoba.
- Real Academia Española & Asociación de Academias de la Lengua Española (2009), Nueva gramática de la lengua española, vol. I: *Morfología, Sintaxis I*; vol. II: *Sintaxis II*, Madrid: Espasa Libros.
- . (2011), *Nueva gramática de la lengua española. Fonética y Fonología*. Madrid: Espasa Libros.
- Tiscornia, Eleuterio F. (1968), “Advertencia lingüística”, en Hernández, pp. 15-18.
- Vidal de Battini, Berta Elena (1964), *El español de la Argentina*, Buenos Aires: Consejo Nacional de Educación.
- Villamayor, Luis C. (1969), *El lenguaje del bajo fondo*. Edición crítica con prólogo y notas de Enrique Ricardo del Valle. Buenos Aires: Schapire.
- Viramonte de Ávalos, Magdalena (2004), “El español del centro”, en Fontanella de Weinberg, pp. 189-205.